



José Moreno Villa, *Retrato de Benjamín Jarnés*, [1927]

BENJAMÍN JARNÉS

EPISTOLARIO, 1919-1939
Y CUADERNOS ÍNTIMOS



Edición de

JORDI GRACIA

DOMINGO RÓDENAS DE MOYA



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

Este libro es resultado del proyecto



desarrollado por



Residencia de Estudiantes

financiado por el

MINISTERIO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Para la edición de este volumen se ha contado con la colaboración de



INSTITUCIÓN
FERNANDO
EL CATÓLICO



DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN,
CULTURA Y DEPORTE | DIRECCIÓN
GENERAL DEL LIBRO, ARCHIVOS
Y BIBLIOTECAS

Director de la colección: José-Carlos Mainer

Diseño de la colección: Montse Lago

Coordinadora de la edición: Nuria Martínez de Castilla

Con la ayuda de: Daniel Gil

Maquetación: Cromotex

Impresión: Artes Gráficas Palermo

Encuadernación: Ramos, S.A.

© de la introducción y las notas: JORDI GRACIA Y DOMINGO RÓDENAS DE MOYA

© de los textos de Benjamín Jarnés: HEREDEROS DE BENJAMÍN JARNÉS

© de los textos de: M. ABRIL, F. ALCÁNTARA, V. ALEIXANDRE, J. ALMADA, D. ALONSO, M. ALTOLAGUIRRE, E. DE ALVEAR, J. ARDERÍUS, J. DE AZCÁRATE, E. AZCOAGA, J. AZNAR, M. AZNAR, AZORÍN, M. BACARISSE, C. BARGA, D. BARNÉS, P. BAROJA, R. BARRADAS, D. F. BARREIRA, J. BELLO, F. BERAN, J. BERGAMÍN, R. BLANCO-FOMBONA, F. BORES, N. BORGES, C. BOSCH, A. BOTÍN, G. BOUCHE, X. BÓVEDA, M. BRION, J. BRUNO, R. BUENDÍA, B. BUREBA, R. CALLEJA, R. CANSINOS ASSENS, L. CARDOZA Y ARAGÓN, J. J. CASAL, J. CASSOU, A. CASTRO, J. CHABÁS, J. M. CHACÓN Y CALVO, E. DE CHAMPOURCIN, E. CORREA-CALDERÓN, M. B. DEILY, J. DÍAZ FERNÁNDEZ, G. DIEGO, E. DÍEZ-CANEDO, A. ESPINA, C. ESPINA, R. ESQUERRA, J. ESTELRICH, E. FAJARDO, M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, J. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, J. FERRATER MORA, Á. FLORES, E. FOERTSCH, M. FONTDEVILA, R. FUERTES ARIAS, F. GARCÍA, F. GARCÍA LORCA, G. GARCÍA MAROTO, M. GARCÍA MORENTE, E. GIMÉNEZ CABALLERO, R. GÓMEZ DE LA SERNA, E. GONZÁLEZ MARTÍNEZ, J. GUERRERO, J. GUILLÉN, J. GUTIÉRREZ SOLANA, A. HERNÁNDEZ CATÁ, M. HOLNSTEIN, A. JARNÉS, J. R. JIMÉNEZ, M. Y T. KAHN, G. Y P. KEINS, J. LATRE, E. LIZASO, J. LÓPEZ PRUDENCIO, J. LÓPEZ RUBIO, A. MACHADO, M. DE MAEZTU, G. MARAÑÓN, L. MARECHAL, A. MARICHALAR, J. MARINELLO, F. MATEOS, E. MÉNDEZ CALZADA, R. MENÉNDEZ PIDAL, L. MIRACLE, E. MULDER, A. DE OBREGÓN, E. D'ORS, J. ORTEGA Y GASSET, R. ORTELLI, J. ORTIZ ECHAGÜE, B. ORTIZ DE MONTELLANO, W. PABST, M. PASZKIEWICZ, S. PAZURKIEWICZ, V. DE PEDRO, M. DE LA PEÑA, D. PÉREZ, R. PÉREZ ALFONSECA, H. PÉREZ DE LA OSSA, H. PETRICONI, M. POMARES MONLEÓN, R. PORLÁN Y MERLO, M. DE QUEVEDO, J. M. QUIROGA PLA, A. REYES, F. DE LOS RÍOS, RODEZNO, C. DE ROMANONES, C. SÁENZ DE TEJADA, J. M. SALAVERRÍA, R. J. SENDER, P. SOUPAULT, J. I. SUÁREZ DE URBINA, J. F. TELLO, M. THIÉBAUT, G. DE TORRE, J. TORRES BODET, N. M. DE URGOITI, I. USANDIZAGA, E. VANDERCAMMEN, F. VELA, J. VENEGAS, M. VERDAGUER, K. VOSSLER, J. ZUGAZAGOITIA, los titulares de los mismos.

© de esta edición: AMIGOS DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES, 2003

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento —incluyendo la reprografía, el tratamiento informático o cualquier otro procedimiento presente o futuro—, sin la autorización escrita de los titulares del copyright y de la Residencia de Estudiantes.

Publicación número 2.352 de la Institución «Fernando el Católico» (Excma. Diputación de Zaragoza)
Plaza de España, 2 • 50071 Zaragoza • Tel. [34] 976 28 88 78/79 Fax [34] 976 28 88 69 • ifc@dpz.es • http://ifc.dpz.es

ISBN: 84-95078-16-3 • Depósito Legal: PENDIENTE

El novelista Benjamín Jarnés, biógrafo, ensayista, crítico literario y traductor, es uno de los autores de mayor edad, junto con José Moreno Villa, más cercanos a la generación del 27. Su legado —cuidadosamente conservado por su familia y ahora custodiado en los fondos del Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes— reúne su biblioteca personal, su producción literaria y su correspondencia, espejo de su obra y del estilo de vida propio y de sus compañeros.

La Asociación de Amigos de la Residencia, bajo su sello editorial, publica esta correspondencia (y los cuadernos personales del escritor) como primer volumen de la nueva colección de epistolarios de la Edad de Plata, fruto del proyecto I+D EPÍSTOLA, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología y coordinado por la Fundación Francisco Giner de los Ríos. La Residencia de Estudiantes participa activamente en este proyecto como parte de su labor de recuperación de la memoria de la cultura española del período.

La idea original de este epistolario fue publicar las cartas enviadas a Benjamín Jarnés, la mayoría inéditas hasta ahora, que se conservan en el Archivo de la Residencia. Después, los editores decidieron ampliar parcialmente el volumen para incluir

algunas cartas de otras instituciones y añadir otras enviadas por Jarnés. Sin embargo, en esta edición no se ha pretendido completar de forma exhaustiva el epistolario *de* Jarnés, ya que el proceso de localización de originales es arduo y requiere una labor dilatada y paciente a la que esperamos contribuya la publicación de este volumen. Por ejemplo, en el momento de concluir el proceso de producción de esta edición, nos llegaban varias valiosas informaciones: Carmen Hernández-Pinzón nos daba noticia de la existencia de nueve cartas de Benjamín Jarnés a Juan Ramón Jiménez, conservadas en el Archivo Zenobia-Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Río Piedras en Puerto Rico, que se incluyen como adenda al final del volumen; también, Julio Porlán nos informaba de que tenía cartas de Jarnés a su hermano Rafael Porlán en su archivo personal y Gregorio Marañón Bertrán de Lis nos comunicaba la existencia de otras tantas cartas de Jarnés a Gregorio Marañón conservadas en el archivo de este último; por desgracia, ninguna de ellas ha llegado a tiempo para poder incorporarla en el presente volumen. Agradecemos a los tres que nos hayan facilitado esta información y enviado copias de los originales.

La Residencia de Estudiantes quiere agradecer su labor a los editores del libro, Jordi Gracia y Domingo Ródenas de Moya; a la Institución Fernando el Católico y a la Diputación de Zaragoza el entusiasmo con el que desde el primer momento han apoyado este proyecto, en las personas de Gonzalo Borrás y José-Carlos Mainer; así como a todas las instituciones y personas que de una u otra forma han colaborado en esta edición, entre ellos Enrique Esteban Jarnés, Álvaro Capalvo o José Luis Bernal. Y muy especialmente, queremos agradecer su colaboración a los titulares de los derechos de las cartas, citados en la página anterior; sin ella no hubiera sido posible la publicación de este volumen.

ÍNDICE

Introducción

JORDI GRACIA

DOMINGO RÓDENAS DE MOYA

XI

Nota a la edición

LVII

Epistolario

3

Cuadernos íntimos

241

Adenda

353

Índice cronológico de cartas

365

Índice de cartas por autores

373

Índice onomástico

383

PROYECTO EPÍSTOLA

390

INTRODUCCIÓN



La publicación de un epistolario es sólo a medias una traición de la intimidad. A medias, porque las cartas privadas del escritor, sobre todo las que se dirigen a otros compañeros de profesión, se contaminan, quiérase o no, de la razón pública que se encuentra al final de la escritura literaria. La conciencia de la escritura misma no se disipa con la epistolaridad, incluso cuando el autor sabe que está brindando a su interlocutor un conocimiento inédito, una voz con timbres y matices distintos. Esta colección epistolar, sin embargo, incumple esa expectativa porque en ella Benjamín Jarnés está en gran medida ausente. La parte más voluminosa del epistolario jarnesiano hoy conocido la forman las cartas recibidas por el autor, que son las que se conservan en el archivo de la Residencia de Estudiantes. En conjunto delinean con datos y detalles nuevos el retrato *exterior* del *homme de lettres* Benjamín Jarnés.¹

¹ Para una semblanza personal y literaria del escritor, véanse todavía J. S. Bernstein, *Benjamín Jarnés*, Nueva York, Twayne, 1972, y Emilia de Zuleta, *Arte y vida en la obra de Benjamín Jarnés*, Madrid, Gredos, 1977. También los artículos recogidos por Darío Villa-

Pero el déficit de intimidad en el epistolario de Jarnés lo verá compensado el lector con la edición en la segunda parte de una extensa antología de sus cuadernos íntimos. Allí sigue estando el escritor nuevo de los años veinte más tempranamente concelebrado y muy activo en cabeceras y empresas intelectuales tan importantes como *La Gaceta Literaria* o, sobre todo, *Revista de Occidente*. Es el Jarnés bondadoso (a su bonhomía se refieren varios corresponsales), que intercede por cualquiera para facilitar la publicación de unos versos, un cuento, un ensayo, y el prosista solicitado desde casi todas las revistas jóvenes del *arte nuevo* para respaldar una nueva travesía literaria. Pero en esos cuadernos está sobre todo la otra cara: ese Jarnés público envolvía y ocultaba al Jarnés ya no privado sino íntimo, el de las vacilaciones y la inseguridad sobre su verdadera valía, el que denuncia el embrutecimiento del ejercicio artístico e intelectual por obra de la algarabía política, el que se estupefacta con la intolerancia y la barbarie, etc. Los cuadernos contienen la navegación vital del escritor, sus lecturas, sus baches anímicos, sus reflexiones ante el avatar cotidiano, los embriones argumentales para futuras narraciones, los coletazos rectificadores de libros ya publicados... Los cuadernos

nueva en *La novela lírica, II*, Madrid, Taurus, 1983, págs. 167-252; los trabajos de *Jornadas jarnesianas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989; los estudios de Jordi Gracia, *La pasión fría. Lirismo e ironía en la novela de Benjamín Jarnés*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988; Víctor Fuentes, *Benjamín Jarnés: biografía y metaficción*; Domingo Ródenas, *Los espejos del novelista*, Barcelona, Península; José-Carlos Mainer, *Benjamín Jarnés*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 2000, y David Conte, *La voluntad de estilo. Una introducción a la lectura de Benjamín Jarnés*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002. Asimismo, debe consultarse el estudio de Rafael Conte en su reedición de *Viviana y Merlín*, Madrid, Cátedra, 1994, y las introducciones de Idefonso Manuel Gil a *Locura y muerte de Nadie*, Madrid, Viamonte, 1995, y de Domingo Ródenas a *El profesor inútil*, Madrid, Espasa Calpe, 1999. Para una relación bibliográfica más extensa, véase Juan Domínguez Lasierra, *Ensayo de una bibliografía jarnesiana*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988. La bibliografía más reciente sobre el autor puede verse en el monográfico de la revista *Ínsula*, núm. 673 (enero de 2003), coordinado por Domingo Ródenas, y también en el volumen colectivo *Benjamín Jarnés en su contexto. Estudios sobre la narrativa de vanguardia*, coordinado por Francisco M. Soguero, en prensa.

contienen lo que callan las cartas, siendo aquéllos y éstas el reverso y el anverso de un retrato que sólo adquiere pleno significado con la obra literaria del autor, sus novelas y ensayos.

Este libro quiere ser, por tanto, un volumen *a dos aguas*, la de la escritura íntima y a menudo confidencial, y la de la escritura que participa de la sociedad literaria de su época, escritura de sentido público aunque no publicada.

UN ESCRITOR EMBOSCADO

Cuando Jorge Luis Borges le llamó «diestro prosista y sentidor» lo hizo en un lugar privado, la dedicatoria manuscrita de su poemario de 1925, *Luna de enfrente*. El escritor que recibía ese ejemplar, Benjamín Jarnés, apenas iniciaba entonces una trayectoria pública de autor literario y, desde luego, Borges todavía no sabía que era Borges.

Lo que sí sabía Borges eran algunos de los nombres que le interesaban para su propia revista en Buenos Aires, *Proa*. A su buen amigo Jacobo Sureda —hacia junio de 1925— le anima a colaborar: «A ver si para *Proa* nos mandas algo. Algunos buenos españoles —Ramón y el granadino García Lorca y Benjamín Jarnés, que no sé si es bueno— colaboran en ella»². La tentación de mirar con lupa la dedicatoria transcrita en la primera línea es así doblemente irreprimible: ¿supo Borges, por fin, si Jarnés era bueno, o lo era ya como «diestro prosista y sentidor», con toda la estudiada afectación de la frase y su cuidadosa elección de términos? ¿Creía Bor-

² Jorge Luis Borges, *Cartas del fervor. Correspondencia con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda, 1919-1928*, al cuidado de Cristóbal Pera, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores y Emecé, 1999, pág. 241. Carta 45 a Jacobo Sureda. Jarnés colaboró en *Proa*, junto con el propio Ramón, en el número 4, de noviembre de 1924, y volvió a hacerlo en dos números más, el 14 y el 15, de diciembre de 1925 y enero de 1926.

ges estar ante un cómplice de su propio modo de entender la literatura? De hecho, ese breve diagnóstico tiene algo de anticipo de lo que iba ser pronto la imagen de un escritor que enmascara su sentimentalidad privada en una taracea verbal de destrezas y virtuosismo estilístico. Pero, ¿había leído Borges alguna cosa de Jarnés? Lo más probable es que conociese sus colaboraciones de *Alfar* y, sin duda, la reseña que dedicó a *Inquisiciones* (1925). Allí el aragonés afea al porteño que «no se llega [...] a aliviar totalmente del sambenito y la humareda al sombrío vocablo»³.

Esa acuñación borgiana es una buena síntesis de lo que ha de acabar iluminando la edición conjunta de las cartas a Jarnés y una selección de sus cuadernos íntimos: las veladuras y los contrastes, la luz y la sombra de un escritor, su obra literaria y su biografía civil. Las cartas a Jarnés y los cuadernos en que se cuenta el escritor a sí mismo confluyen en esa misma frase borgiana (exacta o inexacta, cortés literaria o ponderación meditada): reafirman la destreza del prosista e iluminan una suerte de destreza distinta, de orden sentimental. Borges no hubiese separado una de la otra, porque de ambas salta la literatura que apreciaba, y es presumible que la literatura jarnesiana de hacia 1925 esté cerca de la sensibilidad del joven bonaerense que mandaba sus versos a Jarnés.

Porque el escritor que recibe *Luna de enfrente* con el elogio de su prosa es un hombre que ronda los cuarenta años pero que apenas ha publicado algunas muestras de lo que será su inminente obra narrativa. Como le dirá años después a Mario

³ Recogida, con el título «Hoguera del escrutinio», en *Ariel disperso*, México, Stylo, 1946, págs. 16-20. La cita procede de la pág. 16. La reseña original, «Jorge Luis Borges: *Inquisiciones*», apareció en *Revista de Occidente*, núm. 25, julio de 1925, págs. 125-127.

Verdaguer, todavía está «afinando el instrumento». *El profesor inútil* es novela publicada en 1926 y anticipada el año anterior en *Revista de Occidente* y en *Plural*. También es 1925 el año de la primera entrega de *El convidado de papel* en *Alfar*, y de *Paula y Paulita* en la misma *Revista de Occidente*; y no obstante son novelas respectivamente de 1928 y 1929. En esos dos años, 1924 y 1925, ha escrito en *Alfar* sobre algunas de sus futuras y estables devociones y amistades —Cansinos Assens, Gómez de la Serna, Ortega y Gasset y Jean Giraudoux— pero nada todavía hace presumir que será el crítico literario más regular de *Revista de Occidente*; tampoco es aún el colaborador asiduo en los años treinta de los grandes periódicos de la época —*El Sol*, *La Vanguardia*, *Crisol*, *Luz*— y de casi todas las revistas de literatura nueva —desde la citada *Alfar*, *Litoral*, *Verso* y *Prosa* o *Los cuatro vientos* hasta *La Gaceta Literaria*—. Sólo desde 1926 irá entregando metódica y regularmente los numerosos libros que hoy constituyen su bibliografía de ficción, ensayo biográfico y ensayo literario. Como hubo de decirle a un corresponsal en 1930 o 1931: «perdóneme que escriba tanto librote. Es trabajo de años atrás».

Estas conexiones son episodios aún mal conocidos que animan a continuar el esfuerzo de revisión de la historia literaria del primer tercio del siglo, emprendido hace ya bastantes años. Particularmente, cuando la mirada analítica busca comprobar el protagonismo de los prosistas de vanguardia, todavía atrapados entre el prestigio gremial o corporativo de unos excelentes poetas y las figuras descollantes que el ensayo literario e ideológico dio con nombres como Ortega o Eugenio d'Ors.

Otro factor juega a favor de ese mismo fin, y es la vitalidad que ha ganado la regular edición de páginas no narrativas de muchos de aquellos escritores. El lector dispone hoy

de antologías de crítica y ensayo literario, o de papeles privados —epistolarios y diarios— de un conjunto de narradores que anduvieron en su momento en boca de todos. Benjamín Jarnés es miembro natural de esa mudable y dispersa lista de nombres que va desde Corpus Barga, Antonio Espina o Fernando Vela hasta José Bergamín o Ramón Gómez de la Serna.

Las páginas de este libro han de valer a dos propósitos que son uno solo: ampliar los perfiles biográficos de Benjamín Jarnés significa todavía proponer al mismo tiempo una cala, azarosa pero significativa, en el tortuoso camino de la profesionalización del escritor literario en la España de los años treinta. Tanto el epistolario como los cuadernos íntimos prestan indicios, a veces muy sutiles y otras muy directos, del funcionamiento de una sociedad literaria, de sus condiciones económicas, de las jerarquías aceptadas o del crédito de la crítica literaria.

El papel de Jarnés en la década que transcurre entre 1926 y 1936 no es desconocido ni misterioso y, sin embargo, en pocos lugares emerge la figura del escritor con la directa claridad que ofrecen las dos partes, visible y naturalmente complementarias, de este volumen. Y es quizá desde esa complementariedad, y en la anudación de los cruces posibles entre ambas, donde se manifiesta mejor el carácter literario de un escritor emboscado. No es un perfil ajeno a las letras españolas, sino al contrario: el mismo Jarnés reprocha en más de una ocasión en sus cuadernos el desdoblamiento del escritor en otro, en una persona ajena a la persona civil, y lo hace con un talante reprobatorio que llama poderosamente la atención porque el lector sabe —y sobre todo el lector de sus cuadernos íntimos— que parecida apreciación es válida para él mismo como narrador y cronista sutil de su propia experiencia.

Pero el escritor emboscado tiende hacia dos polos: o bien fabrica y pule un estilo para encubrir una biografía, o bien tiende a nutrir su vocación novelesca con episodios y personajes que están en su propia vida pero cuyo sentido real, cuya verdadera significación humana y universal, le es escamoteada al lector porque los sostiene un soporte distinto de la experiencia. El esfuerzo de recreación y elevación metódica de la existencia —ese dictado secreto de toda su obra— a veces se resiente de la falta de los goznes humanos que adensen y expliquen una aventura humana. Los cuadernos íntimos tienden a revelar involuntariamente tanto los huecos de una literatura como los fundamentos estéticos más estables de un escritor: la confianza en la *dispositio* y en la faena rigurosa de la *elocutio*, aunque sin desdeñar la *inventio*. Pero revelan también la inspección acuciante, la indagación introspectiva o el análisis problemático del ser humano y sus contradicciones, empresas éstas malogradas a menudo en su obra novelesca a causa de una pudorosa continencia, de una aguda conciencia de los límites autoimpuestos. Por eso estamos ante un novelista, hoy más visiblemente que nunca, emboscado, disgregado en las máscaras de múltiples personajes o quizá intimidado por la primera persona verbal y literaria. Las páginas siguientes apuntan primero de forma indirecta, a través del epistolario, y después de forma más inmediata, en sus cuadernos íntimos, a lo que anduvo preservado (y transfigurado) en la literatura narrativa de Jarnés: su propia persona y la intimidad desnuda.

Pero ha sido también un escritor emboscado por la propia trama histórica del siglo: la posguerra sepultó su memoria en España e hizo cundir la idea del Jarnés estilista como mote despectivo y finalmente traicionero. Cuando Torres

Bodet le dice, en son de elogio y sin asomo de vacilación, que el destino del estilista —«el estilista no es, como ciertas personas quieren creerlo, un solitario e irremediable Narciso» (carta 170)— es la incompreensión, está señalando también el precio que pagará Jarnés por la premeditación de su emboscamiento.

Y, sin embargo y paradójicamente, en los años treinta Jarnés lo fue todo menos un escritor emboscado: sólo tres años bastaron desde que publicó en la prestigiosa colección Nova Novorum de Revista de Occidente (1926) para merecer el banquete-homenaje que, en 1929, le ofrecieron Ernesto Giménez Caballero, Azorín, Ramón Gómez de la Serna, Fernando Vela, José Lorenzo, Corpus Barga y Antonio Espina, y al que acudieron o se adhirieron los nombres más respetados del momento. En ese breve período se gesta un escritor de respeto público y minoritario; en el territorio de las letras Jarnés crece en la estimativa de los medios literarios hasta convertirse en un punto de referencia necesario de la narrativa y una atendida firma en el ámbito de la crítica literaria. Los nuevos prosistas empiezan por Benjamín Jarnés, y ese protagonismo no va a evaporarse hasta la guerra civil. Para entonces —los años treinta— el acecho de otra sensibilidad y una agitada politización general de la vida europea está dando los indicios más penumbrados sobre la posteridad del escritor. Gracias a las páginas privadas de sus cuadernos, empezamos a saber que también Jarnés se acorazó a sí mismo: ninguna herida a la vista, ningún desaliento público. Apenas comparece la desazón angustiosa en sus novelas (hecha salvedad de *Locura y muerte de Nadie* y *Escenas junto a la muerte*) con la consistencia ocasionalmente dramática y frecuentemente melancólica de su escritura privada. El envés del creador de una literatura

exquisita en su forma y ensimismada en sus temas, el lado oscuro de la alegría de un estilo de época, aparece en esos cuadernos con la transparencia del aire limpio: la pesadumbre que apenas asoma en la narrativa del escritor está en su literatura privada y, en medida no desdeñable, en su ensayo y crítica literaria.

Mientras el epistolario muestra la pugna por profesionalizar el oficio de escribir, los cuadernos suturan esa ambición a la vocación más honda de la persona y revelan esa pelea sin tregua que es la búsqueda de una literatura propia, modélicamente nueva, y el choque con el gusto mayoritario. Cartas como las de Max Aub, las de Sender o, aún más, las de Julián Zugazagoitia o las cruzadas con Mario Verdaguer deben hablarnos muy explícitamente de la precariedad de un oficio y las cautelas tácticas que la literatura renovadora hubo de guardar consigo misma y, sobre todo, en su búsqueda de un público, en su urgente invención de un público. Al servicio de la misma reflexión deben ponerse las páginas en que considera —acuciado por el peculio escaso— las adversas condiciones en que ha tenido que desarrollar su vida un escritor renuente a entrar en la dinámica del comercio literario. Su denuncia es directa y el rechazo sin piedad: el coste personal y biográfico es una supervivencia mal acorazada económicamente y la tentación de la palinodia, de la rectificación.

La imagen que revela este epistolario a Jarnés no es ajena en absoluto a lo que ha dejado dicho la historia oral y el memorialismo de la época sobre la personalidad del escritor. De su generosidad intelectual hablan los múltiples favores a que accede con nombres menores o muy incipientes de las letras del tiempo —sus gestiones cerca de *Revista de Occidente*, su atención a desconocidos como José Ferrater Mora, su respaldo a las iniciativas de los jóvenes Ildefonso-

Manuel Gil y Ricardo Gullón embarcados en la aventura de *Literatura* y la Pen Colección, incluso sus desvelos hacia escritores como el argentino Eduardo Mallea—. Pero esa magnanimidad, cruzada con su aparente falta de ambiciones materiales y una suerte de pasividad indolente —el *atardimiento* que suele atosigarlo en sus cuadernos—, definen un perfil de escritor un tanto excéntrico. La medida de su ambición aparece aquí delimitada por una conciencia literaria muy exigente, dolida a menudo por las concesiones que ha de negociar, pero también muy lúcida sobre la naturaleza infranqueable de su propia literatura. Ni la humillación de la ruina económica ni la subsidiariedad política de la literatura: algunas de las cartas muestran un Jarnés embarazosamente obligado a defender intereses económicos y colaboraciones mejor remuneradas, y muchas páginas privadas —o públicas— rechazan o reprueban el oportunismo histórico y estético de la literatura social o política de los años treinta. Sus propias cartas (como la que dirige a Nicolás María de Urgoiti) contienen interrogantes dolorosos sobre las condiciones económicas de un colaborador de prensa, y algo parecido muestran sus exigencias a una modesta singladura editorial que durará medio año, la de *Mundo Ibérico* (1927).⁴ Indican bien la urgencia por asegurar unos ingresos que desde 1929, tras renunciar a su sueldo en el Cuerpo de Intendencia del Ejército, van a depender exclusivamente de la literatura y el ejercicio del periodismo literario, como crítico y como articulista.

⁴ Sobre esta desconocida revista, fundada por Mario Verdaguer y con trabajos de Gómez de la Serna, Cansinos Assens, Fernández Almagro o el propio Jarnés, puede verse Jordi Gracia, «Un experimento prematuro: la revista *Mundo ibérico* (1927)», *Insula*, núm. 646, octubre de 2000, págs. 23–25 y una alusión a su contexto en «La conciencia astillada del escritor Mario Verdaguer», en Francis Lough (ed.), *Hacia la nueva novela. Essays on the Spanish Avant-Garde Novel*, Oxford, Peter Lang, 2000, págs. 155–178.

El epistolario refleja también la talla de crítico literario que ganó Jarnés con el tiempo y es, quizá, una de las facetas de su perfil intelectual que más merece ser reconsiderada (y lo anticipó ya Mainer en 1988).⁵ Aun cuando muchas de las cartas tienen valor meramente protocolario, otras contienen indicaciones precisas que revelan el aprecio que algunos autores experimentaron por su labor crítica: valga recordar algunas cartas de Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Dámaso Alonso o José Bergamín con apreciaciones y matices que exceden el mero deber de cortesía hacia el amigo y colega.

La dimensión profesional de este epistolario es la cara pública y abierta de su casi sistemática asepsia en lo personal. Apenas las cartas de los hispanistas alemanes Petriconi y Walter Pabst, del mexicano Torres Bodet, o de Gómez de la Serna dejan entrever algo de los circuitos de una intimidad personal y humana. Las restantes cartas tienden a ser, en esencia, documentos para reconstruir la ruinoso vida de un escritor profesional, como a veces pueden llegar a serlo las novelas del catalán Joan Puig i Ferrer —éstas sí tan desnudamente autobiográficas como *Servitud* o *Diari d'un escriptor*—: los detalles que suministran son valiosos para conocer los ingresos y las penurias de nuestros escritores más prestigiosos, pero en absoluto mejor remunerados. La traducción, las conferencias, alguna adaptación teatral y las colaboraciones en prensa son las fuentes esenciales que registra este epistolario, con la ausencia significativa de información sobre los presuntos —y magros si no improbables— réditos como novelista, los derechos de autor de sus libros.

⁵ Véase su trabajo en el tomo ya citado en nota 1 *Jornadas jarnesianas*, y la introducción de Domingo Ródenas a Benjamín Jarnés, *Obra crítica*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, págs. 9-53.

El lector de la narrativa de Jarnés descubrirá en los cuadernos un prosista nuevo y distinto, más clásico y menos dominado por la tiranía de la metáfora ingeniosa o la estrategia lírica del relato. Sus registros anímicos o la reconstrucción de la memoria autobiográfica están más desnudos de artificio y tienden a reincidir en los mismos temas, obsesivas claves de la biografía de Jarnés, sin trasposición literaria. Es revelador que aquellos episodios biográficos que tuvieron ya un tratamiento literario cumplido —el seminario en *El convidado de papel* o el servicio militar en *Lo rojo y lo azul*— apenas asomen en estas páginas memorialísticas y sí lo haga, en cambio, la infancia, el padre, la pobreza, la incomprensión y la rigidez pacata y moralista de un entorno miserable. Y tanto o más significativo lo es que la biografía sentimental y amorosa del escritor esté confesadamente velada por el novelista y, por el contrario, desvelada discretamente, mediante seudónimos, en sus propias páginas confesionales.

De hecho, Jarnés insinúa varias veces la posibilidad de un proyecto para el que se sabe incapaz: redactar la propia autobiografía sin las veladuras novelescas que usó casi siempre. Alude a ello en el cuaderno sin numerar *Paulatim* y está presente en la revisión a que sometió las notas de 1930-1931, del cuaderno 1: «Algún día —eso espero— quedará toda [mi vida] a la intemperie». La intemperie no era lugar para la prosa literaria de Jarnés; la suya, como observa la musicóloga Muñoz de Quevedo en la carta 239, es «una prosa “de cámara”, sobria y ceñida». La única intemperie posible es la de estos bocetos y anotaciones autobiográficos, visiblemente despojados de sus señales de estilo y escritura, abstraídos de la estrategia de la suspensión lírica y la recreación estilística.